

**SANTA MARGARITA DE CORTONA,
DE LA ORDEN TERCERA DE SAN
FRANCISCO**

Día 23 de febrero

P.Juan Croisset, S.J.

La bienaventurada Santa Margarita, llamada de *Cortona* por el lugar de su penitencia y de su sepultura, nació en el lugar de Alviano ó Laviano, de la diócesis de Chiusi en Toscana, hacia el año de 1249. Faltóla su madre á los siete ú ocho años de su edad; y, faltándola el freno y educación, se dejó llevar de su natural inclinación á la libertad y al deleite, precipitándose en todos los desórdenes de que es capaz una doncella joven, hermosa, despejada, cuando no la contiene ni el temor santo de Dios, ni la autoridad de sus padres ni los respetos de la honra, ni mucho menos los poderosos motivos de la religión y de una conciencia timorata.

Nueve años había vivido licenciosa y escandalosamente amancebada con un caballero de Monte - Policiano, cuando una noche, al salir el infeliz amante de su casa, le quitaron violentamente la vida, sin que jamás se hubiese podido averiguar el agresor. Tenia Margarita una perrita de falda, que estimaba mucho. Este animalillo se fue tras el caballero, y, volviendo al cabo de dos días ladrando y aullando, agarraba á su ama de la ropa, y la tiraba de ella en ademán de quien la quería llevar á alguna parte. Como vio Margarita que su amante no parecía, entrando ya en cuidado por los continuos lastimeros aullidos de la

perrita, resolvió seguirla; y apenas había salido de la ciudad, cuando vio arrojado en un barranco el cadáver de su galán, ya medio podrido, y que despedía de sí un hedor intolerable.

Quedó atónita á vista del horroroso y no esperado espectáculo, y sirvióse Dios de este desengaño para convertirla. Después de dar algunas lágrimas á su dolor, dio mucho más á su profundo arrepentimiento. Causóla horror la vida que traía, y, entrando la gracia á obrar en aquel corazón, concibió tanto dolor de sus enormes culpas, que sólo pensó en los medios de salir de aquel abismo y de borrar sus pecados con los rigores de la penitencia.

Penetrada de tan piadosos sentimientos, se fue á echar á los pies de su padre, y, deshaciéndose en lágrimas, le pidió perdón de las pesadumbres que le había dado. El padre, aunque tan indignado por la conducta de su hija, no pudo resistirse á señales tan visibles de un vivo y sincero arrepentimiento, y así la recibió en su casa; pero no estuvo en ella mucho tiempo.

No pudo sufrirla la cruel madrastra, y, negado aquel corazón á todos los sentimientos de religión y de humanidad, la arrojó ignominiosamente de la casa paterna, exponiéndola á las mayores tentaciones y á los más inminentes peligros de la salvación.

Una mujer joven, bien dispuesta, solicitada de los mozos lascivos, arrojada de la casa de sus padres, sin rentas, sin socorros, sin amparo, sin recurso alguno humano para mantenerse, estaba reducida á la mayor necesidad y á la más terrible tentación en que puede verse una mujer. Hallándose en esta desolación y desamparo, se sentó debajo de una higuera en la huerta de su padre, con

resolución de dejarse morir de hambre y de miseria antes que volver á precipitarse en los desórdenes pasados. Allí, deshecha en lágrimas y volviendo los ojos al Cielo, gemía su triste suerte, exclamando llena de ternura: *¿Es posible, dulcísimo Salvador de las almas, que, convirtiendo cada día tantas, sólo á la pérdida de la mía te has de mostrar insensible? Pues en verdad, Señor, que tanto te costó como la de una Magdalena, como la de una Tais pecadora. ¡Oh Tú, que me rescataste con el precio infinito de tu sangre, no me abandones en el triste desamparo en que me veo, y ten misericordia de mí!* Así exhalaba su corazón en suspiros y gemidos, cuando se sintió interiormente inspirada con fuerte impulso á ir á Cortona y á buscar allí un prudente confesor, á cuyos pies desahogase su conciencia, y saber de él lo que debía ejecutar para salvarse.

Ejecutólo al instante, y se fue derecha al convento de San Francisco, donde la deparó Dios un santo confesor, que oyó muy despacio su confesión general, instruyéndola con mucho celo, amor y caridad, y la alentó á seguir con fervor los movimientos del Espíritu Santo, siendo fiel á la gracia y entregándose á ejercicios de penitencia.

Hízolo así; y persuadida á que ya no podía escoger otro género de vida, pidió con humilde instancia la recibiesen en la Tercera Orden de San Francisco, en el número de las que llaman hermanas de la penitencia.

El fuego del divino amor, que se apoderó luego de su corazón, consumió bien presto el ardor que antes tenía por las criaturas. Apenas se ha visto conversión más pronta ni más perfecta. El lugar que antes tenía aquella vehementísima ansia de lograr todos los gustos, todos los deleites de la vida, le ocupó una mortal aversión á cuanto podía lisonjear la inclinación de los sentidos.

Fue su vida un prodigio de mortificación y de humildad. Encerróse en una estrecha celdilla, sin admitir á persona alguna ni salir jamás de ella sin orden expresa de su confesor. Miraba con horror a aquella su hermosura que había sido tan perniciosa á su alma y á las ajenas. Sé desfiguraba el semblante á repetidos golpes de una dura piedra; frotábale después con pedrezuelas agudas hasta derramar sangre, la que limpiaba con un pedazo de cáñamo ó de estopa gruesa, que enjugaba la sangre. Reducíase su comida y su bebida á un bocado de pan y á unas gotas de agua, que tomaba una sola vez al día; de manera que su subsistencia era tenida por especie de milagro. Dormía en el duro suelo, sin más cabecera que una piedra. Despedazaba su cuerpo con sangrientas disciplinas, que tomaba muchas veces al día, y pasaba casi toda la noche en oración. Oí á sela prorrumpir frecuentemente en dolorosos sollozos y suspiros con la memoria de sus culpas pasadas.

El enemigo común, que á los principios parecía estar acobardado á vista de un fervor tan generoso, mostró después que no le amilanan del todo ni las mayores penitencias, ni la más constante perseverancia. Dio principio á la tentación, representándola que tanto retiro era indiscreto, y que era imprudente tanta penitencia.

Un día en que se sintió más oprimida con la multitud y con la violencia de las tentaciones se quejaba amorosamente al Señor, postrada á los pies de un Crucifijo, y Su Majestad la consoló maravillosamente con estas dulces palabras: *Ten ánimo, hija mía, por más violentos que sean los esfuerzos del demonio, pues Yo estoy contigo en el combate, y siempre saldrás victoriosa; sé fiel en todo á los consejos de tu director; confía cada día más y más en mi*

bondad, desconfía de ti misma, y con el socorro de mi gracia triunfarás del enemigo.

Cuanto más se perfeccionaba la virtud de Margarita, más crecía en su corazón el amor á los trabajos y el ansia por los abatimientos. Parecíala que era objeto de horror y de abominación á las gentes, y se admiraba mucho cómo la toleraban en Cortona. El mayor consuelo que la podían dar era mostrar que la despreciaban. Era menester toda la rendida obediencia que profesaba á sus confesores para no dar en imprudentes excesos. Pedíalos licencia muchas veces para salir por las calles públicas con un dogal al cuello, pidiendo perdón del escándalo que había dado; ó, en fin, para que la encerrasen en la casa donde estaban recogidas las malas mujeres.

No podía dejar de ganar el corazón y los cariños de Dios un alma tan penitente y tan humilde. Colmóla el Señor de los mayores favores, y fue dotada de un sublime grado de contemplación. Favorecióla con muchas visitas los espíritus bienaventurados, y especialmente el Santo Ángel de su guarda. Autorizóla Dios con el don de los milagros; pero era menester valerse de alguna estratagema para reducirla á que tocase los enfermos, que al instante quedaban sanos, y después era preciso guardarse bien de atribuirle su milagrosa curación.

Veintitrés años había que esta dichosísima penitente vivía entregada al continuo ejercicio de las más heroicas virtudes, especialmente de una excesiva penitencia, cuando el Señor la dio á entender que se acercaba la hora de su muerte, y que en ella vendrían á asistirle todas aquellas almas que con sus oraciones había librado de las penas del Purgatorio. Desde aquel punto, toda ella se ocupó únicamente en su Dios y en el ardentísimo deseo de

poseerle. En fin consumida al rigor de las penitencias, y abrasada en fuego del divino amor, habiendo recibido los Santos Sacramentos, rindió tranquilamente el alma en manos de su Criador, el día 22 de Febrero del año 1297, casi á los cuarenta y ocho años de su edad.

El cuerpo de esta bienaventurada penitente se conserva incorrupto hasta el día de hoy, y todos los años se expone á la veneración pública de la ciudad de Cortona en el convento de PP. Franciscos observantes, cuya iglesia tenía antes la advocación de San Basilio, y ahora se llama Santa Margarita.

La Misa es del común de las santas no vírgenes, y la oración la que sigue:

iOh Dios, que misericordiosamente sacaste á tu sierva Margarita del camino ancho de la perdición, reduciéndola al estrecho sendero de la salvación eterna! Concédenos por tu misma infinita misericordia que, pues no tuvimos vergüenza de imitarla en sus desaciertos, tengamos la gloria de seguirla en su penitencia. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo 44 y 45 del libro del Eclesiástico, que se lee en la Misa de la Vigilia de San Matías apóstol.

La bendición del Señor sobre la cabeza del justo. Por tanto le dio el Señor la heredad, dividiéndola para él parte por parte á las doce tribus; y fue amado de todos los hombres. Y le hizo grande y terrible á sus enemigos; y con sus palabras aplacó á los monstruos. Dióle gloria en presencia de los reyes, le encargó llevar sus mandamientos á su pueblo, y le hizo ver su gloria. Santifícole por medio de

su fe y de su mansedumbre, y le eligió entre todos los hombres. Y le dio cara á cara los preceptos, y la ley de vida y de sabiduría. Hízolo excelso, y con él firmó un pacto eterno, y le rodeó con el cingulo de la justicia, y le honró el Señor con la corona de la gloria.

REFLEXIONES

¡Gran dicha, suprema dicha estar en la gracia del Señor! ¿Hay, ni puede haber motivo de alegría más pura, más llena, más cumplida? El favor de los príncipes hace privados, pero no hace dichosos. No excluye el mérito, mas no le supone ni le da. Por eso no hay cosa más caduca que su favor, ni la hay más inconstante que su gracia. Desde el favor de los grandes á su desgracia, no siempre hay la mayor distancia. Con razón se dice que es como destino común de los favorecidos no conservar el favor hasta el fin, ó porque los príncipes se cansan de ellos cuando ya no tienen más que darlos, ó porque ellos se cansan de los príncipes cuando no tienen más que recibir. No sucede lo mismo en la amistad con Dios; la felicidad y el colmo de las dichas es el fruto de su benevolencia. Como superior á la inconstancia que acompaña á la de los grandes, nunca se puede perder sino por culpa nuestra. La misma amistad comunica el mérito ; porque ser amigo de Dios es ser justo. El justo vive de la fe; y la blandura, la mansedumbre y la humildad es en parte el carácter de todos los justos. Hácense respetables por su arreglada vida, y es la prudencia su verdadero retrato. A la verdad, no siempre es reconocido el mérito de los justos mientras viven, no siempre se hace justicia á su virtud. El mundo aborrece al Señor, y es necesario que aborrezca á sus siervos; pero siempre es cierto que, aunque los virtuosos no siempre sean estimados, siempre es respetada la virtud.

El Evangelio es del cap. 15 de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Mi mandamiento es éste: que os améis mutuamente, como yo os he amado. Ninguno tiene mayor caridad que aquel que da su vida por sus amigos. Vosotros seréis amigos míos si hiciereis lo que yo os mando. De aquí adelante no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero yo os he llamado amigos, porque os he hecho saber á vosotros todo cuanto oí de mi Padre. No sois vosotros los que me elegisteis, sino que yo os elegí á vosotros, y os destiné para que vayáis y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero, de modo que cualquiera cosa que pidáis á mi Padre en mi nombre os la conceda.

MEDITACIÓN

De la santidad.

PUNTO PRIMERO. — Considera que sólo hay una fortuna á que aspirar, que es ser santo. La santidad es el único objeto digno de un corazón cristiano; busca algún otro bien más real, imagina otra gloria más sólida, discurre otra dicha más llena, ni en que intereses más; y, sin embargo, éste es puntualmente el único bien que despreciamos por correr tras de quimeras.

¿De qué le servirá á un hombre un instante después de su muerte, y aun una hora antes de expirar, haber sido rico, poderoso, honrado, haberse divertido en todo lo que pudo, si pierde su alma? Pero ¿se le tendrá mucha lástima porque hubiese sido pobre, humillado, perseguido, el desprecio y la burla del mundo, si es santo y se salva? Pues ¿será posible que no despierten nuestros deseos, que no se aliente nuestro desmayo en solicitud de esta dulce santidad?

Ser santo es ser siervo de Dios. ¿Puede haber título que más nos honre? ¿Podremos encontrar algo mejor que más nos premie?

Imagina todo cuanto puede contribuir á hacer á un hombre perfectamente feliz en la tierra; junta todos los tesoros del universo, toda la magnificencia de los grandes, todas las honras, todos los gustos del siglo; une todas las coronas del mundo para hacer un solo monarca del universo; aparta de esta idea de felicidad todo cuanto pueda en alguna manera desazonarla, perturbarla, aunque sea inseparable de la miseria de esta vida; nunca podrás separar la memoria de que algún día es necesario morir, y este solo pensamiento es capaz de llenar de acíbar y de amargura todos los contentos de este mundo. Solamente la santidad incluye, contiene una felicidad pura, eterna, sin miedo de perderla jamás. Esta será mi suerte, si me salvo; ésta será mi herencia. ¿Puede encontrar objeto más digno mi ambición?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que no estás en la Tierra sino para lograr la misma dicha que los bienaventurados en el Cielo. Su recompensa es grande, y la nuestra puede no ser menor. Ellos son santos, y nosotros solamente hemos nacido para serlo. Pero, mi Dios, ¿pensamos únicamente en conseguirlo? ¿Es ser prudente, es ser ni aun racional dejar perder tan gran fortuna?

Pero acaso nos acobarda lo mucho que cuesta ser santo. Pues qué, ¿por ventura cuesta más de lo que el Cielo vale? ¿Es más de lo que Dios merece? Las dificultades nos espantan, los trabajos nos aterran. Vanos espantajos, terror pánico, dificultades imaginarias que se desvanecen luego que se entra con valor en la carrera de la virtud. Pregunto: ¿Y no cuesta trabajo, no hay dificultades que vencer para

hacerse rico, para lograr el empleo, para ascender á la dignidad? ¿No hay mucho que padecer para fabricarse una quimérica fortuna? ¡Qué fatigas, qué desvelos, qué viajes, qué sustos, qué cortejos, qué desaires, cuántas amarguras hay que devorar y que tragar! ¿Y qué fortuna hay en el mundo tan brillante que valga los sudores, las congojas, los cuidados, las reprensiones, las mortificaciones, los vergonzosos abatimientos que es menester sufrir para lograrla? Hacia ninguna carrera del mundo se da paso que no esté lleno de espinas, que no sea un despeñadero; y, con todo eso, á ninguno acobarda este montón de dificultades.

Cuesta trabajo ser santo; es verdad, no lo niego. Es menester mortificar las pasiones; es preciso estar siempre con las armas en la mano; es indispensable entrar en mil batallas, vencer siempre al enemigo y vencerse á sí mismo; pero también se ha de confesar que Dios comunica por medio de su gracia tal unión, tal dulzura al corazón, que hace suavísimo su yugo.

¿Parécete que los santos compraron muy cara la santidad ? ¿Costó demasiado á Santa Margarita de Cortona? Fue larga, fue rigurosa su penitencia; pero ahora ¿le parecerá á la Santa que fue excesiva? ¿La pesará hoy del rigor de sus disciplinas? Todos aspiramos á la misma dicha que gozan los santos, todos esperamos arribar al mismo término; mas ¿vamos todos por el mismo camino?

JACULATORIAS

Vuelve, alma mía, todo tu pensamiento al descanso eterno que te espera, y para el cual te crió la benéfica misericordia del Señor.— Ps. 114.

Si yo me olvidare de ti, ioh Jerusalén celestial, mansión feliz de los bienaventurados!, que me olvide también hasta de mi misma mano derecha.—Ps. 116.

PROPÓSITOS

- 1. No te contentes con amar la santidad, con estimarla, con alabar á los santos. Este es el único fruto que se suele sacar de las reflexiones que se hacen acerca de la virtud y de sus elogios. Resuélvete eficazmente á imitarlos, y trabaja sin dilación y sin aflojar en esta grande obra. Da principio á ella, examinando si hay en ti algún estorbo que lo sea de tu salvación. No dejes pasar el día sin reformar todo lo que puede ser perjudicial á tu verdadera fortuna; consulta con tu confesor cuál es tu pasión dominante; éste es el enemigo más temible de tu salvación, con quien es menester no hacer jamás paz ni tregua y á quien nunca has de dar cuartel.**

- 2. Pero no basta quitar todos los estorbos á la santidad; es necesario aplicar todos los medios oportunos para ser santo, y poner manos á la obra incesantemente. Examínate con especialidad sobre los puntos siguientes: Primero. ¿Eres exacto en tener un día de retiro cada mes, y en visitar cada día al Santísimo Sacramento? Segundo. ¿Cuánto tiempo empleas cada día en los ejercicios espirituales, y en el de otras buenas obras? Tercero. ¿Qué fruto sacas de la frecuencia de Sacramentos? Cuarto. ¿Cómo cumples con las obligaciones de tu estado? Ten presente que el modo de hacer grandes progresos en la virtud es cumplir exactamente con estas obligaciones. Quinto. ¿Visitas á los pobres y los socorres cuanto puedes en sus necesidades? Cuando Jesucristo habla de la entrada de los santos en el gozo del Señor, sólo hace memoria de las obras de misericordia. Sexto. La mejor lección espiritual para todos son las vidas de los santos.**